

# Grotesco ~ A gótico Épico

Por GE Graven



## Capítulo V



Abadía de Gardiens ~ Agosto de 1347

~Las antorchas del túnel se habían apagado hacía tiempo, salvo una que ahora estaba inclinada.

Desde un soporte de pared, iluminaba la entrada de las pintorescas habitaciones de Lázaro en las catacumbas. Bajo la buena luz, Iván se apoyó contra el marco de la puerta, absorto en la lectura de una carta. Dentro de la habitación, Lázaro estaba sentado al borde de la cama, bebiendo de un cuenco de madera.

Lázaro preguntó entre bocado y bocado: "¿Qué lees, fraile?"

—Una carta que le enviaré al fraile Salvitino mañana —respondió Iván, con la mirada fija en la carta.

"¿Quién es él?"

"Un fraile del Concilio Menor vivió aquí en la Abadía. Antes que tú, antes de que nacieras ."

"¿Dónde está ahora?"

"En Italia, en Canello, se encuentra el otro monasterio conciliar."

"¿Por qué le escribes?"

"Está en deuda conmigo. Y puede ayudarnos con un pequeño asunto, una vez que partamos hacia Italia."

"¿Italia? ¿Y qué hay de Borgoña?"

“Italia, primero.”

“Fray Odino todavía viene con nosotros, ¿verdad?”

El monje asintió. “Ha aceptado”.

“¿En qué sentido le debe algo este fraile Salvitino?”

Iván apartó brevemente la mirada de la página. —Basta, Lázaro, come.

Lázaro dio otro bocado y masticó brevemente antes de volverse hacia Iván. «Mientras estabas fuera, vi a un hombre que trajeron aquí y encerraron en una de las celdas. ¿Qué hizo, fraile?»

“El prisionero será juzgado por herejía. Será llevado mañana por la mañana.”

“¿Qué ha hecho?”

—No te preocupes, Lázaro, come. Es tarde.

Lázaro echó un vistazo a Iván, que estaba absorto en la carta. Tomó un poco de carne y pan de su plato, lo arrojó debajo de la cama y reanudó su comida.

—Tal vez tenga hambre —sugirió Lázaro.

Iván se aclaró la garganta, dobló la carta y la deslizó bajo su túnica. «Termina de comer, hijo. No quiero que estés cerca de él. ¿Me recoges?»

—Sí, fraile —dijo Iván, mirando fijamente el cuenco y observando cada bocado hasta que Lázaro deslizó el último trozo de pan bajo la solapa de su máscara. Con una sonrisa de satisfacción, Iván tomó su cuenco vacío. Lázaro se escabulló bajo las sábanas.

Iván lo arropó. “¿Tus oraciones?”

—Sí, fraile. Y recé por el prisionero.

“Espléndido. Entonces, nos vemos mañana. Que duermas bien.”

Buenas noches, fraile.

Iván salió de la habitación a paso firme, descolgó la antorcha de la puerta de la pared y se dirigió hacia la salida de las catacumbas.

Asomándose por encima de un montón de mantas, Lázaro vio cómo los rasgos de la puerta se desvanecían en la oscuridad mientras la luz de la antorcha de Iván avanzaba por el pasillo. Luego escuchó el golpeteo de las sandalias contra la piedra cuando Iván subió la escalera de las catacumbas. Finalmente, Lázaro se incorporó de golpe al oír el estruendo de una puerta lejana. Ahora, impulsado más por la curiosidad que por las instrucciones de sus padres, sacó la comida de debajo de su cama, la envolvió en un paño y avanzó de puntillas por el pasillo. Al llegar a una intersección de túneles, el Túnel de Benión a su izquierda y un corto pasillo a su derecha, giró a la derecha para entrar en un corto pasaje de celdas. Seis puertas de celdas se alineaban en las paredes: tres frente a tres. En lugar de criptas para albergar a los muertos, estas cámaras eran celdas de detención equipadas con puertas con cerradura para aprisionar a los vivos. Las estrechas ventanas de las puertas estaban provistas de placas de hierro corredizas.

Lázaro se acercó a la última celda de la derecha. Abrió la ventana corrediza y cesaron los murmullos de las oraciones.

“Hola, señor. Le traigo comida. Soy Lázaro. Hablaré con usted si así lo desea.”

La pajita de la celda crujió y una voz habló: «Hola, Lázaro. ¡Bendito sea el nombre del Señor Cristo, que es Jesús!».

Lázaro le pasó la comida por la ventana y le dijo: «Bendito sea. Toma la comida, señor».

Mientras el prisionero recuperaba el objeto, Lázaro le echó un vistazo a su rostro. Era un joven de cabello rubio, ojos marrones y una barba rala que dejaba ver sus finos rasgos faciales. —Muy agradecido estoy —respondió el prisionero. Se agachó contra la puerta mientras Lázaro hacía lo mismo, dejando apenas cinco centímetros de tabloncillos de roble entre ellos.

Lázaro intentó abrir la puerta. "¿Qué haces aquí?"

El prisionero respondió con la boca llena: «Acusado de herejía. Debo comparecer ante la Inquisición».

"¿Qué hiciste?"

“Yo vivo como Jesús vivió.”

“Entonces, ¿cómo es eso herejía?”

El prisionero tragó su comida y explicó: “Un obispo con sus muchos soldados llegó a nuestra aldea y convocó a todos. Escribió nuestros nombres y oficios en sus libros de conteo—para determinar la medida de nuestros diezmos a la iglesia. Como muchos en el pueblo Eran Hermanos de la Penitencia, de la Tercera Orden de San Francisco, pero nos negamos. Fue un error.

—¿Pagar el diezmo está mal? —preguntó Lázaro.

“Jesús vivió su vida en perfecta pobreza apostólica. Todos los hombres de Dios están llamados a vivir como Cristo. Está escrito: es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de Dios. Un hombre es pobre cuando no tiene monedas ni oficio. Sin embargo, aún puede ser rico en Cristo y ofrecerle los diezmos.

"¿Cómo es eso?"

“Dejad el diezmo de los campos sin tocar. Dejad el diezmo de los animales libres. Dejad el diezmo de los frutos sin recoger; dad el diezmo de vuestra comida al hambriento. El diezmo es una ofrenda, puesta. Los templos no tienen cabida para recaudar diezmos de nada; son lugares exclusivamente para el culto.

“Pero la Iglesia ayuda a los pobres, ¿no?”

«Si la Iglesia recoge el diezmo destinado a Dios y lo utiliza, independientemente de sus intenciones, la ofrenda no es para Dios, sino para la Iglesia. Así lo afirman Lucas y Mateo.»

“Conozco la letra, señor. ¿Les mostró usted esa letra al obispo y a los soldados?”

“Ellos los conocen.”

¿Por qué no les dijisteis que ibais a trabajar? Así, cuando se marcharan, todos podríais haber huido.

“¿Acaso Jesús huyó?”

Lázaro se rascó la cabeza y buscó en las losas antes de dirigir su atención a la puerta. “Entonces quizás puedas decirles que te dedicarás al mismo oficio que Jesús. Diles que tu oficio es enseñar a las masas pobres acerca de Dios. Ofréceles el diezmo de tus enseñanzas, ¿de acuerdo?”

El prisionero soltó una risita. Lázaro ladeó la cabeza como un perro desconcertado. «No es tan fácil, Lázaro. Debo jurar ante Dios. La Inquisición ya ha preparado las preguntas que me condenarán. No puedo jurar y mentir. Ya he sido sentenciado: seré quemado».

“¿Quemados? ¿La Iglesia quema gente?”

“Cientos; luego se quemaron.”

“¿La Iglesia? Si la Iglesia es de Dios, ¿por qué tiene que quemar gente?”

“Muchas causas. Principalmente, por no pagar el diezmo o por no profesar otra fe.”

Finalmente, Lázaro replicó: “Entonces, en verdad, las palabras de San Mateo dicen: Todo pecado y toda mala palabra serán perdonados a los hombres, pero la mala palabra del Espíritu no les será perdonada”.

“No mentirás. ¿No recuerdas estas palabras, Lázaro?”

Lázaro comenzó: “Los conozco, señor. Sin embargo, si te queman...”

“No prestaré juramento, como Jesús no lo hizo. No huiré de quienes me condenan injustamente.”

Ni les ofreceré una mentira para salvarme a mí mismo.

“Señor, si lo queman...”

«Jesús no mintió ni tentó. Lázaro, no me apartes del Señor.»

“Señor, ¿puedo hacerle una pregunta?”

“En efecto, Lázaro.”

“¿Por qué no me has pedido que te abra la puerta si sabes que te van a quemar?”

“Ya soy libre. Esta puerta, esté abierta o cerrada, no puede hacer la libertad. La libertad es dentro de.”

¿Me permites abrir esta puerta para que puedas huir?

“En efecto, no. ¿Acaso me estás tentando de nuevo, Lázaro?”

—No, señor. Solo que no entiendo por qué no desea salvarse.

«¡Fe, Lázaro! Ya estoy salvado, solo por la fe.»

“¿Y os quemarán, como decís?”

“Lo harán.”

“Si esto es cierto, señor, ¿por qué no he leído nada parecido?”

“Quizás no estés en condiciones de leer sobre ellos. Sin embargo, eres una persona culta. ¿Eres un joven clérigo?”

"Soy."

“¡Ahí lo tienes! Así como los hombres ponen bridas a los caballos y pastorean el ganado, tú eres el caballo y la vaca. Los hijos se convierten en sus padres y los jóvenes clérigos en los frailes con quienes sirven. Una generación engendra a la siguiente.”

Lázaro bajó la cabeza, meditando en la sabiduría de esas palabras, antes de volverse de nuevo hacia la puerta. —¿Cuál es tu nombre, señor, para que sepa por quién ruego?

«Soy un hombre pobre en Cristo. Oren por mí como tal». Straw se movió. «Les agradezco su generosidad y compañía. Ahora debo dedicarme a mis propias oraciones. Bendito sea el nombre del Señor Cristo, Jesús, y bendito sea el testamento del santo Pedro Juan de Olivi. Benditos sean sus nombres», entonó el prisionero, alejándose de la puerta. «Buenas noches, Lázaro».

Lázaro le gritó: "¿Pobre hombre en Cristo?"

Silencio.

«¿Pobre hombre en Cristo?», exclamó Lázaro de nuevo. Pero el prisionero no ofreció nada más de sí mismo.

Así, Lázaro salió de la celda y se alejó a grandes zancadas. Sin embargo, de camino a su habitación, apenas había abandonado el pasillo, un crujido emanó de un túnel yuxtapuesto a la calzada principal y situado justo enfrente del pasaje que había dejado. El sonido, como el de madera astillada, resonó desde lo profundo del túnel de Benión, el más antiguo de las numerosas arterias subterráneas. Desde que Lázaro tenía memoria, como una ley establecida en piedra, existía una regla fija: podía recorrer todos los túneles de las catacumbas con excepción del Benión. Iván le prohibió pisar bajo sus peligrosas piedras del techo, que colgaban lo suficientemente sueltas como para gotear incluso después de una lluvia moderada. Además, dado que el Benión no era más que un pasadizo lateral muerto que contenía únicamente puertas de cripta selladas. Con sus mechones fusionados y cubiertos de óxido por siglos, no tenía motivos para aventurarse en su interior. Sin embargo, Iván había subestimado el incipiente sentido de independencia de Lázaro, como suelen hacer los padres devotos: confiando ciegamente y haciendo la vista gorda.

Lázaro se paró frente a la entrada del Benión y escuchó el goteo del agua que resonaba en sus entrañas huecas. De nuevo, oyó la perturbación, que se asemejaba al ruido de tablones que crujen bajo el peso de una pesada carga.

Una carga. La curiosidad lo picó, la tentación lo venció, la independencia lo impulsó. Así, respiró hondo, miró a su alrededor y se escabulló por el túnel de Benion. Pasó rápidamente junto a sus numerosas puertas de criptas, dedicándoles apenas una mirada fugaz. Finalmente, llegó al final del corredor para descubrir la raíz del alboroto: la última puerta de la cripta se arqueaba hacia afuera, dañada por una línea irregular de astillas que la atravesaban longitudinalmente. tabloncillos verticales.

Ya había un hueco que separaba la puerta de madera de su marco de piedra, y su cerradura de hierro estaba rota. Con los ojos muy abiertos, echó un vistazo entre la puerta y el marco para descubrir una hilera de huecos rectangulares —tumbas ocupadas, de cuatro en cuatro— tallados en la pared derecha de una gran La cripta. Dentro, una mesa cercana les impedía ver más. Un crucifijo de hierro oxidado colgaba contra la pared del fondo, pero solo se veía la mitad, y aún menos de la lúgubre habitación.

Olfateó la abertura para discernir olores centenarios mezclados que emanaban de la tumba: el olor a tela podrida; el aroma a huesos calcáreos; el hedor a moho de hongos viejos y la dulzura de la piedra húmeda. Completamente cautivado por la curiosidad, Lázaro deslizó los dedos por la grieta y tiró. La puerta raspó el suelo al forzarla a abrirse más. La madera nueva se astilló, se astilló, incluso hasta...

“¡Bang!” Al instante, la puerta estalló, lanzando fragmentos de tabloncillos contra la pared opuesta. Las piedras del arco sobre la puerta se derrumbaron al ceder la clave de bóveda todo apoyo. Más arriba, una gran sección de la pared y el techo contiguo cedieron ante una avalancha que lo envolvió. En medio del estruendo, se lanzó hacia el rincón más alejado de la pared del extremo mientras parte de su mampostería se desplomaba al suelo.

El silencio volvió, salvo por el gorgoteo del agua contra las losas. Cuando el polvo y los escombros se asentaron, Lázaro se puso de pie, sucio pero ileso. Aguzó sus orejas, parecidas a las de un perro, bajo la capucha, y buscó sonidos. El agua que caía era como un rugido palpitante; el deslizamiento de los guijarros al asentarse, como rocas que se estrellaban contra un profundo barranco; el suave correteo de las patas de las ratas, como cascos atronadores. Sin embargo, la atención de Lázaro permaneció fija en la entrada del túnel de Benión. No oyó el crujido de la puerta de una catacumba, ni el golpeteo de las sandalias de monje en una escalera de piedra; solo el sonido del prisionero a lo lejos, en el pasillo de celdas, mientras se arrastraba entre la paja.

Lázaro examinó los restos a su alrededor. La pared terminal del túnel permanecía en pie en su mayor parte. Intacto, salvo un pequeño hueco donde las piedras se habían estrellado a su lado; la sección dañada del muro ahora ofrecía lo que parecía un agujero sin fondo. Ya una brisa mohosa, con tres siglos de antigüedad, salía a borbotones de la abertura. Entonces se dio cuenta de que,

Lo que parecía ser el supuesto final del túnel de Benion, ahora en ruinas, no era más que un muro falso desmoronándose ; visiblemente, el pasadizo se extendía hacia adelante.

Lázaro miró a través de la abertura, su capucha ondeando ante el agujero que gemía por el viento. En todos los aspectos, salvo en uno, el túnel que continuaba era idéntico al tramo sin sellar. Podría haber parecido que el pasaje había sido abandonado incluso antes de estar completamente terminado, ya que, aunque las paredes del túnel estaban revestidas de criptas, ninguna de las cavidades tenía puertas. Empujó entre las piedras sueltas y entró. Le resultó evidente que las criptas nunca habían albergado restos. Ni la primera ni la segunda, y los cadáveres siempre manchaban las piedras subyacentes con una pátina color óxido que ni siquiera los siglos podían eliminar. Continuó por el túnel, pasando junto a los numerosos criptas desocupadas e inacabadas.

Si bien el aire en las criptas permanecía limpio, a medida que se adentraba más por el pasillo, el aire delataba la muerte, intensificándose con la contaminación de los restos antiguos. Lázaro se adentró más. Al final del túnel, encontró que la entrada de la última cripta era diferente a las demás, pues tenía una puerta corta y destartalada, sellada por los restos de un muro de piedra en ruinas, como si un muro de piedra posterior, más reciente, se hubiera construido para ocultar toda evidencia de la puerta ahora expuesta. Desde más allá de las tablas agrietadas de la puerta emanaba un olor a descomposición. Apartó piedras sueltas, rasgó cortinas de telarañas, apartó tablones astillados, picados y carcomidos, y se deslizó dentro. Ni un rayo de luz brillaba, pero en esa oscuridad impoluta y mortalmente silenciosa más allá de los restos dispersos de la puerta corta y destartalada, las pupilas hambrientas de Lázaro se dilataron anormalmente. Como orbes de un depredador nocturno perfecto, despojaron las escamas de la oscuridad y lo vieron todo.

La cripta parecía haber sido una vivienda, pero su olor era inconfundiblemente el de una tumba. Fragmentos de cerámica, telas podridas y objetos polvorientos yacían esparcidos . Lázaro registró los huecos de las paredes, pero no encontró restos de monjes envueltos en sus vestiduras. Más bien, las tumbas abiertas habían servido como estantes de almacenamiento, guardando restos de una extraña miscelánea. Y otro olor flotaba en el aire: el leve aroma penetrante de la tinta. Lázaro cruzó la habitación y se detuvo frente a una estrecha mesa y un banco, que antaño habían servido de escritorio. Su superficie estaba manchada de arañazos, cera y tinta. Sobre ella, un tintero reposaba seco y vacío. Algo peculiar de la mesa llamó su atención mientras examinaba su superficie con más detenimiento. Observó atentamente, ladeando la cabeza para examinarlo con detenimiento. Ni el tintero ni las manchas revelaban nada especial; sin embargo, aquello que acaparaba su atención permanecía oculto, aunque su existencia era innegable. Bajó la nariz apenas unos centímetros de la mesa y la olió. Aun así, no percibió nada.

Luego retrocedió, centrándose sobre el escritorio, y allí estaba. Lázaro limpió una capa de polvo. Cualquier curiosidad que atormentara sus sentidos, lo hacía solo a través de sus ojos. Eliminados el polvo y los escombros, los arañazos restantes del escritorio tomaron forma y no encontró nada. Tallados aleatorios, pero símbolos ordenados. No eran imágenes jeroglíficas, sino que se presentaban más claramente como filas continuas de figuras geométricas. Su posición y espaciado determinaban la pronunciación y el significado en el libro de Lázaro. En el patrón reconocible, círculos y líneas formaban letras, palabras, oraciones, que finalmente se unían en flujos de significado claros y comprensibles . Sin embargo, las inscripciones no eran ni francesas ni latinas, sino de una lengua extraña, desconocida desde entonces en el mundo de la pluma y el pergamino. En verdad, ningún hombre podría haber escrito el mensaje en el escritorio, ya que esa lengua jamás había nacido en la tierra. Con cierta dificultad, Lázaro pronunció las palabras y discernió su significado:

Hoy le doy un regalo a mi hermano.

Esta cripta contiene mi palabra completa.

En el rincón de la cripta,

Tiene cuatro piedras de altura—

La cuarta piedra está suelta.

Lázaro miró hacia la esquina de la cripta —justo cuatro piedras más altas que las del suelo—, donde un pequeño hueco sin argamasa rodeaba el borde de una piedra desgastada. Deslizó la piedra de la pared y, del hueco que quedaba entre las antiguas telarañas, extrajo un grueso rollo de páginas amarillentas. Las desenrolló sobre el escritorio. La página superior era una carta que decía:

Para ti, hermano mío—

El veintiocho de septiembre del año de nuestro Señor de mil sesenta y cuatro, escribo la última de muchas hojas. Afligido sea mi corazón, pues pronto moriré. Conozco la condición de la Muerte. Su olor me consume. En mi perdición, me veo obligado a asombrarme de esa parte de Dios que permite que tales dolores y maldades prevalezcan bajo Él. No puedo comprenderlo ; en todo lo que veo, jamás lo entenderé. Mi fe ha volado. La llama se ha extinguido en mi pecho, y no soy más que la Muerte esperándose a sí misma.

Debo advertirte sobre el Consejo. Por promesa del Consejo, se me ofreció un pacto. Hasta ahora,

El pacto consistía en que, mediante mi habilidad para la traducción, descifraría para ellos el idioma de la Piedra de la Puerta. A cambio, me concederían la libertad, una libertad que me permitiría huir para siempre de la Abadía de los Guardianes. No me quedó más remedio que aceptar.

Transcurrieron dos estaciones completas mientras yo traducía los pasajes, que me traían uno a uno a mis aposentos. En ese breve lapso, de todos mis años, viví en plena satisfacción como hombre de Dios. Mi confinamiento ya no me pesaba como una carga, pues el Concilio adornaba mis aposentos como si fuera a ser un rey. Todo me fue concedido, salvo que me aflojaran las cadenas o que despidieran a los guardias papales y sus asfixiantes humos de antorchas que permanecían apostados eternamente fuera de mi puerta.

No me faltaba nada más que mi libertad, y aferré el sueño tan real como las frías cadenas que me sujetaban los brazos. Sin embargo, hacia la mitad de la segunda temporada, caí en una tristeza inquebrantable. Incluso para ahuyentar el sueño. Del lenguaje de la Piedra de la Puerta, aprendí su propósito. Me atormentó tanto que dejé de rezar. Mi fe. Temo que esté perdido para siempre. No deseo nada más que la muerte. Por designio de Dios, jamás comprenderé sus designios, pero siempre sabré cuál es mi lugar en Él.

A partir de entonces, dejé de practicar las transdivinaciones, lo que enfureció al Consejo. En respuesta, el Consejo retiró todos los muebles de mi habitación y me devolvió a las horribles condiciones que había sufrido antes de empezar a trabajar para ellos. Mi salud se deterioró. Tras un largo periodo, accedí a completar las transdivinaciones, siempre y cuando se reiterara la promesa de libertad.

Desde entonces he terminado el trabajo y han pasado tres estaciones. Por un tiempo, cuestioné mi confinamiento. El abad del concilio solo mencionó esta razón: que debía ofrecer, por más tiempo, mi consejo a los sacerdotes. No los he visto en casi una temporada. Desde entonces he comprendido que ya no soy de utilidad para el concilio, como lo demuestra en parte el empeoramiento de las condiciones de mi celda. Con el tiempo, he intuido que nunca tuvieron la intención de liberarme de esta esclavitud, ni siquiera desde el principio. Estas son mis últimas palabras, ya que mi tinta se está agotando incluso ahora. Para mi mayor sorpresa, el abad del concilio vino a mi celda temprano esta mañana. Me informó que nunca sería liberado; fue en contra de la decisión final del concilio, según recuerdo. Demasiada información sobre el paradero de la piedra y sus palabras. En cambio, el Concilio me ofreció la absolución de mis pecados, una poción para dormir sin dolor y la promesa de un entierro santo.

Por desgracia, solo me queda un día para reflexionar sobre esta oferta, pues regresará mañana . Una vez más, no tengo más remedio que aceptar la poción, para evitar los estragos del sol. Te dejo, hermano mío, que puedes leer estas palabras, todas las inscripciones originales de la Piedra de la Puerta. Ojalá te vaya mejor que a mí. Ojalá aprendas de mi vida.

En verdad, solo puedo vagar libremente a través de los años con el recuerdo de una dulce tristeza. Viví una vida que no era mía, en esta cripta que no era mía, pero con un sueño fugaz que sí era completamente mío: un sueño de libertad que resultó más dulce que cualquier cosa que la libertad misma pudiera ofrecerme.

Soy-

Clérigo Naramsin  
—Traductor del Consejo

Una brisa helada agitó las páginas, trayendo consigo un olor a huesos en descomposición. Recogió las páginas del escritorio e inspeccionó la cripta con más detenimiento. En la pared del fondo, en el hueco más profundo, una tela cubría algo completamente oculto. Se acercó. Al agarrar la tela, Lázaro la agarró y se desgarró entre sus dedos como una telaraña . Con cuidado, retiró la tela podrida para revelar...

“¡Ah!” De repente, soltó la tela como si lo hubiera mordido. Se quedó sin aliento y Cayó de espaldas al suelo. Un escalofrío lo recorrió; su corazón dio un vuelco. Una sensación de ardor le quemaba el cuerpo. Cruelmente encadenados ante él yacían los restos de un Grotesco adulto: los huesos de Naramsin . Había visto muchos cadáveres, pero jamás había visto a otro Grotesco. Unos gruesos colmillos estaban clavados en un cráneo que, por lo demás, era humano. Huesos de alas yacían bajo el cadáver. ¡Lázaro se miró a sí mismo, a una versión más grande de sí mismo, descompuesto y envuelto en cadenas!

Lázaro alcanzó un estado de horror absoluto: esa condición absorbente y efímera, comprimida entre un grito y un silencio petrificado. Si no hubiera estado demasiado vivo, su corazón habría implorado a la Muerte que lo silenciara.

Se puso de pie de un salto y salió corriendo de la cripta con los pergaminos de Naramsin. Voló por el túnel de Benion, se zambulló por el agujero del muro falso y saltó entre las piedras dispersas. En un instante, estaba de vuelta dentro de los muros incontaminados y familiares de sus aposentos.

Escondido bajo las sábanas. En el silencio persistente, su corazón latía con fuerza al compás de sus pensamientos. Metió apresuradamente los pergaminos entre los pliegues de su estera, se ajustó los cordones de la capucha y se hundió profundamente en la cama. Se sentía sucio, profanado por dentro. Anhelaba sueños inocentes, cualquier cosa, salvo la horrible imagen de sus propios restos encadenados. Jamás se había sentido tan solo, tan amenazado, incluso tan muerto de miedo.

Juntos, el latido acelerado de su corazón y el tormento de su mente lo sumieron en una pesadilla retorcida, no tanto un terror como el declive de un estado mental demasiado alterado. En ese sueño, se vio desnudo subiendo corriendo la escalera curva, hacia la puerta de entrada más alta de las catacumbas. Corría hacia la libertad; anhelaba liberarse de los túneles, de sus muros de muerte que se derrumbaban. Cada latido de su corazón era un escalón más subido, sin embargo, cuanto más rápido subía, más se alejaba la entrada, amenazante en la distancia. Escaleras tras escaleras, y aún más escaleras, suficientes en número incluso para ascender a los cielos. Y durante toda la lenta víspera, por eterna que pareciera, el horrible sueño se repetía una y otra vez: ¡Tum -tum-tum-telar! ¡Tum-tum-tum-telar!

~\*~

El resplandor carmesí de la primera luz se derramaba sobre la Abadía de Gardiens. Sin embargo, con los monjes y escuderos confinados en sus aposentos y los servicios matutinos suspendidos, los sombríos terrenos de la Abadía yacían tan desolados como la cripta de Naramsin. Aun así, dentro de la mayoría de los dormitorios, un sacerdote se arrodillaba en el pie de su cama de tablones, rezaba por una transformación sin dolor. En otros, sombras de impaciencia se movían dentro de los marcos pétreos de las estrechas ventanas, proyectando miradas curiosas sobre el patio. Un aire de inquietud y tensión flotaba en el ambiente.

Fray Iván se apoyó en la ventana de su celda, mirando hacia abajo las túnicas fantasmales que cruzaban la patio. Captó un destello del sol naciente y clavó los dedos en el marco de la ventana. Abajo, el ritual comenzaba cuando el abad Vonig escoltaba a tres fornidos sacerdotes a los baños.

Una vez dentro, el abad instruyó a sus frailes: “Ustedes, cierren la puerta y tomen su lugar en la ventana. Ustedes dos, traigan la cosa. ¡Y tengan cuidado con sus dientes! El abad caminó hacia una mesa de piedra cerca de la pared este. La parte superior del soporte estaba negra como el carbón, visiblemente carbonizada por muchos incendios anteriores. Juntos, dos monjes desaparecieron en la penumbra de los baños mientras un tercero rodeaba al abad y miraba a través de una grieta vertical entre las lamas cerradas de la ventana que daba al amanecer.

Los ruidos de pasos, gemidos y siseos daban fe de una pelea en la parte trasera de los baños.  
—¡Cuidado! —gritó Vonig. Sacó un pequeño frasco de su túnica y roció agua sobre la mesa. Murmuró una oración.

Los dos fornidos monjes regresaron con la Grottesca, empujándola mientras ella forcejeaba contra ellos. «¡El sol asoma por encima del muro, Abad!», exclamó el sacerdote junto a la ventana. Vonig asintió, murmurando aún. Los monjes la arrastraron hasta la mesa mientras Vonig recitado de su manuscrito; “Pater noster, qui es in caelis, sanctificetur nomen tuum; adveniat regnum tuum; fiat voluntas tua in terra...”

La Grottesca apoyó los pies contra el borde de la mesa, forcejeando contra sus captores. mientras les gritaba: “¡Baut! ¡Eca am sha tular!”

El abad respondió y continuó: “—in terra sicut in caelo. Panem nostrum cotidianum da nobis hodie—”

Ella siseó a los monjes, manteniéndose alejada de la mesa mientras se debatía. Los sacerdotes le colocaron ataduras de cuero en las muñecas y los tobillos. Tiraron de las correas, haciéndola perder el equilibrio antes de arrastrarla sobre la mesa, con sus alas golpeándoles la cara. Los monjes se colocaron a ambos lados de la mesa, cada uno sujetando un par de correas que le sujetaban las manos y los pies a la losa de piedra. La lucha había terminado. No podía liberarse. Sentada de rodillas, solo podía mirar fijamente al abad.

Los ojos de Vonig recorrieron las palabras escritas. “—et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos...”

Lo Grottesco lo interrumpió con una súplica suave y añorada. “¿Shat na cawt—hmm? ¿Cawt?”

Vonig apartó la mirada y, alzando brevemente la vista del tomo que sostenía entre sus brazos, descubrió un rostro apacible pero terriblemente afligido, donde incluso vislumbró las lágrimas que brillaban en un par de deslumbrantes ojos azules. Y notó claramente, como si fuera la primera vez, que parecía mucho más humana que cualquier criatura grotesca que hubiera visto en toda su vida. Sin duda, salvo por sus alas y orejas, podría haber parecido simplemente una pobre muchacha aterrorizada, atrapada entre las ataduras de dos sacerdotes corpulentos y ceñudos. Vonig apartó su mirada angustiada y continuó: «—et nos dimittimus—». Vonig se atragantó con sus palabras. Se aclaró la garganta: «—et nos dimittimus debitoribus nostris—». De nuevo, la voz se le quebró. Interrumpió su recitación, se giró y le gritó al sacerdote al otro lado de los baños: «¡Descubra la ventana maldita! ¡Hágalo ahora!».

Los dos monjes se recostaron sobre sus ataduras. Ella les siseó. El otro sacerdote agarró las contraventanas de madera, pero dudó. Volvió a mirar al Grottesco, haciendo una mueca, cuando Vonig vio que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—¡Basta ya, fraile! —le reprendió Vonig. Al instante, el sacerdote abrió de golpe las contraventanas.

y los rayos del sol bañaban la casa de baños.

“¡Chirrido!” Un chillido penetrante resonó en los terrenos de la abadía. Una nube de ceniza salió hirviendo de la ventana de los baños.

La puerta de los baños se abrió de golpe y Vonig, tosiendo, salió a trompicones de la entrada llena de humo, frotándose los ojos mientras se apresuraba a su estudio. A lo lejos, los monjes restantes salieron del edificio, llevando consigo una estatua de piedra de otro Grotesco: otro Eljo muerto por el sol con las alas extendidas; su postura congelada en posición de rodillas y su rostro vuelto hacia arriba revelando una expresión de granito de absoluta agonía.

Al otro lado del patio, el estrecho marco de la ventana de un dormitorio del segundo piso delineaba a un sacerdote alto con una corona de cabello plateado, llorando con la mano sobre la boca. Junto al tejado del dormitorio, otro par de ojos contemplaba a los monjes y su estatua: esferas negras y brillantes de un cuervo luminoso posado sobre el ciruelo del patio. Observaba con reverencia cómo los tres monjes se llevaban la última obra de Gardiens Grotesque, el último «regalo» de Gardiens que se entregaría al Monasterio de Canello, en el centro de Italia, para colocarla sobre la cornisa de su catedral.

~\*~

Iván cruzó la entrada de las catacumbas. Bajó las escaleras cuando se encontró con Lázaro, que estaba de pie, sosteniendo una antorcha encendida y visiblemente inquieto.

Iván se detuvo en los escalones. “¿Lázaro?”

“Fray, hay algo que debo contarle. Ocurrió anoche.”

—¿Qué ha pasado? —Iván bajó apresuradamente por las escaleras restantes—. ¿Qué ha pasado? —Al doblar la esquina de Lázaro y un rincón pedregoso, descubrió que las antorchas de las catacumbas ya estaban encendidas—. ¿Por qué habéis encendido todas las antorchas tan pronto, antes de mi llegada?

“Ha habido un percance, fraile.”

“¿El prisionero?”

“El techo se ha derrumbado.”

“¿Qué? ¿Estás herido?” Iván lo agarró del brazo, lo giró y lo inspeccionó con la urgencia de un guardián severo y afligido.

“No, fraile.”

—¡Enséñame! —Iván tomó la antorcha de Lázaro y lo siguió hasta el final del túnel de Benión. Iván agitó la antorcha en alto, caminando entre las piedras e inspeccionando los daños. Entonces vio el enorme agujero en la pared y se quedó paralizado.

—¿El túnel continúa? —Se volvió hacia Lázaro, con una ceja arqueada por la incredulidad.

—Sí, fraile.

Iván sostenía su antorcha junto al agujero y su llama se mecía con la brisa quejumbrosa.

—Quédate aquí —dijo Iván, mientras trepaba por el hueco.

—Sin embargo, ya he... —Lázaro se corrigió a sí mismo.

Iván lo miró y le preguntó: "¿Has estado aquí?".

"Sí, fraile, pero..."

"Entonces, hablaremos de tu desobediencia más tarde."

Lázaro bajó la cabeza. Una vez a través del agujero, Iván lo miró. "Bueno, ven.

Entonces, ya que conoces el camino.

**Lázaro saltó tras él.**

Mientras Iván iluminaba cada una de las criptas vacías, Lázaro lo seguía de cerca. Pero el muchacho se quedó atrás cuando Iván se acercaba a la última cripta.

—Fray, hay ... hay huesos ahí dentro —admitió Lázaro, señalando una puerta abierta, cuya entrada estaba llena de piedras.

Iván entró, pero Lázaro permaneció inmóvil. Aguzó el oído bajo la capucha. Oyó a Iván apartar la tela podrida, oyó a Iván contener la respiración, oyó el silencio persistente que siguió y, cuando Iván salió de la cripta, Lázaro observó su rostro a la luz de la antorcha. Iván estaba pálido y demacrado, pero no dijo nada. Simplemente miraba al suelo entre él y Lázaro, como absorto en sus pensamientos.

Lázaro rompió el silencio. «Fray, es igual que yo. ¿Lo viste? Y lleva cadenas».

Iván pasó junto a Lázaro con prisa. «¡Tenemos que irnos! ¡Ahora mismo!». Ni una sola vez miró hacia atrás.

—Fray, ¿por qué está ahí dentro? —preguntó Lázaro, colocándose apresuradamente detrás de él.

"Esperaba que te quedaras en la cama. No digas nada de lo que viste. No más preguntas."

El chico percibió la ira en su lengua afilada.

—Perdóname, fraile. —Lázaro aceleró el paso para igualar la zancada rápida y firme de Iván.

Tras abandonar la sección recién descubierta del túnel, Iván le pidió a Lázaro que le ayudara a sellar el agujero con las piedras que habían caído previamente. Lázaro le trajo una paleta y reabasteció los cubos con mortero y agua. Finalmente, cuando Iván se aseguró de que ningún otro monje sospechara que el muro era falso, ordenó a Lázaro que regresara a sus aposentos y le pidió que permaneciera allí.

Iván era muy consciente de que la restauración del túnel de Benion debía incluir la elevación de un pared nueva contra la pared falsa recién descubierta. Si sus compañeros sacerdotes descubrieron el

Si se encontraban restos de lo Grotesco —en el consiguiente caos de rumores y alboroto que inevitablemente resultaría de su hallazgo—, la atención indebida podría recaer directamente sobre Lázaro. Nadie debía saberlo, pensó, mientras reflexionaba sobre los planes de restauración al salir de las catacumbas y dirigirse al despacho del abad. Después de todo, la antigüedad del túnel de Benion no era ningún secreto. Hacía mucho tiempo que había advertido al abad Vonig de su eventual derrumbe y, dada su antigüedad, el momento era solo cuestión de tiempo.

~\*~

Los terrenos de la abadía bullían de monjes y muchachos rapados. La campana de la puerta principal sonó a lo lejos. Por fin, un escudero con túnica cruzó corriendo el patio. Como Lázaro, como un fantasma de arpillera, el muchacho llevaba una máscara con agujeros para los ojos. Una capucha completa le cubría la cabeza. Pasó volando junto a un monje que lo regañó. “¡Migual! ¿Correr?”

El muchacho aminoró el paso hasta agilizarlo. Al final de la abadía, se detuvo ante Fray Grate e hizo una reverencia. El sacerdote lo vio. «Migual, tu máscara está rota junto al ojo». agujero. Pídele al fraile Iván que lo cosa o que te haga uno nuevo.

«Fray Iván ya está cosiendo una máscara nueva . Fray, ¿puedo hablar?». Las palabras arrastradas del niño delataban una grave deformidad en la boca oculta bajo la máscara rota.

“Dilo ya.”

“¡Soldados en la... en la puerta! ¡De Aviñón! ¡Un carruaje con ellos... un sacerdote dentro! ¡ Túnica roja ra-ra- !”, balbuceó el escudero.

—¿Qué lleva en la cabeza, muchacho? —preguntó Grate, repentinamente consternado.

“Gorro blanco alrededor de sus orejas. Otro en su regazo, es grande. Sombrero rojo .”

—¿Qué demonios...? —Grate le ordenó al muchacho—. ¡Escúchame! ¡Infórmele al abad que llega un cardenal de Aviñón! ¡Ahora mismo, lárgate!

El muchacho hizo una reverencia y se alejó a paso ligero cuando Grate lo regañó. “¡Migual! ¡ Corre!” El escudero salió disparado y dobló la esquina a toda velocidad.

El repiqueteo de la campana continuó mientras Grate se dirigía a la entrada principal. Divisó a un soldado alto, de cabello negro rizado hasta los hombros, fino bigote y perilla, y ojos verde jade, de pie frente a la puerta. Una profunda cicatriz surcaba la mejilla de un rostro severo y curtido por la batalla. Grate descorrió el cerrojo y abrió la puerta de par en par. El soldado escupió al suelo antes de rodearlo. Al pasar, le lanzó una mirada fría y murmuró: «O necesitas una campana más grande o orejas más grandes».

Grate frunció el ceño, mirando la saliva del capitán Bourne. Entonces vio al cardenal Blasi salir de un carruaje. Blasi se acercó a Grate, colocándose su sombrero de ala ancha sobre unos ojos diabólicos. Grate sonrió, hizo una reverencia y besó la mano flácida y extendida de Blasi .

El fraile sostuvo su reverencia mientras hablaba. «Su Eminencia; la Abadía de Gardiens se siente verdaderamente honrada».

“¿Y quién eres tú?”

Grate se levantó. “Fray Mauricio Grate, Su Eminencia, encargado de los huéspedes y supervisor de las visitas.”

—Muy bien, fraile Grate. Acompáñame hasta el abad. —El fraile se dio la vuelta, Blasi lo siguió mientras el capitán se colocaba a su lado, haciendo señas a cuatro de sus hombres para que lo siguieran mientras hablaba—: Tengo doscientos hombres, catorce caballos y seis carros de suministros. Necesito que los atiendan.

Inmediatamente, Grate hizo una seña a un joven clérigo para que lo acompañara. «Ve a los establos e informa al fraile Festoneau de que tenemos invitados: catorce caballos que necesitan atención urgente». El chico ladeó su cabeza rapada y desapareció.

Grate se dirigió a Blasi: «¿Quizás usted y sus hombres tienen hambre? Si lo desean, podemos abrir el refectorio y las cocinas de inmediato».

—Haz que así sea —ladró Blasi.

Grate continuó: "¿Y su comitiva permanecerá hasta la víspera, Su Eminencia?"

“Varios días.”

Grate se detuvo en seco. “¡Días, Su Eminencia! ¡Nuestra abadía no tiene suficiente espacio para tantos hombres!”

Blasi lo animó a seguir adelante. «Discutiremos los detalles a su debido tiempo, fraile. Primero, el abad».

Al otro lado del patio, monjes y escuderos observaban boquiabiertos la procesión; todos los visitantes eran extranjeros. Blasi no les prestó atención, pero Bourne escudriñó a todos. Sus ojos observaron sin ninguna cortesía, se movían por todas partes, midiendo, evaluando. El grupo entró en un edificio y Bourne chasqueó los dedos junto a la puerta. Dos de los soldados cayeron detrás de él y se pusieron firmes fuera de la puerta. Grate condujo a Blasi por un pasillo hasta el estudio del abad. Llamó suavemente a la puerta.

Una voz áspera respondió desde dentro: «¡Adelante!». Bourne chasqueó los dedos y sus soldados respondieron; se colocaron a su lado y se pusieron firmes frente a la puerta.

Grate, Blasi y Bourne entraron en el estudio y encontraron al abad Vonig de espaldas, frente a una estantería llena de libros. Vonig se giró lentamente, absorto en un libro abierto que sostenía entre las manos. Finalmente, alzó la vista, sorprendido al ver a un cardenal en su despacho. Hizo una reverente reverencia. «Su Eminencia».

—Abad —respondió Blasi de la misma manera.

Grate interrumpió. “Abad Vonig, Su Eminencia, Cardenal... eh...”

Blasi, conocido como “Cardenal Masson”, ayudó a Grate con la presentación, usando el mismo alias.

de 'Masson' al obtener acceso indebido a los Apócrifos.

Grate continuó su presentación mientras extendía la mano hacia Blasi: «Su Eminencia, el Cardenal Masson, ha venido de Aviñón para honrar nuestra Abadía con su presencia».

—Eso es todo, fraile Grate —dijo Vonig, despidiéndolo y devolviendo el libro al estante.

Grate hizo una reverencia y se marchó. «Lamentablemente, les traigo malas noticias de Su Santidad. ¿Saben que sus cardenales del Consejo Superior, Basiliste y Lean, han fallecido?»

—Me he enterado, en correspondencia reciente —admitió Vonig. Bourne examinó la habitación.

Blasi puso cara amable. «Sin embargo, a veces, en la oscuridad de la desesperación, descubrimos un rayo de esperanza. Abad, teniendo esto en cuenta, también le traigo buenas noticias».

“¿Ah?”, sonrió Vonig.

“Has sido designado para formar parte del Consejo Superior de los Apócrifos. Tu dedicación al Consejo te ha granjeado el favor de Su Santidad . Él te espera en Aviñón.”

El abad dejó de sonreír. "¿Consejo Superior? Yo solo soy un obispo. Solo los cardenales sirven como miembros del Consejo Superior."

Blasi buscó las palabras adecuadas, se recompuso bruscamente y dijo: "Sea como fuere, usted y el abad del Consejo Inferior en Italia han sido ascendidos al Consejo Superior".

“¿Domingus?”

“En efecto, abad Domingo de Canello. Su Santidad los ha convocado a ambos al Palacio Papal , sin demora.”

“¿Y qué hay de la abadía? ¿Quién se encargará de ella...?”

Blasi lo interrumpió con un gesto de la mano y un tono tranquilizador en la voz. «Su Santidad es plenamente consciente de lo que esto protege. Esa es la razón de mi presencia aquí. Es también la razón de la numerosa escolta. La abadía está completamente a salvo. Su Santidad me ha encomendado el cargo de abad interino hasta que pueda nombrar a un sucesor idóneo. Asimismo, otro cardenal, también escoltado, se dirige al monasterio italiano de Canello y ejercerá como abad interino allí hasta que se encuentre un sucesor adecuado».

Blasi se llevó las manos a la espalda y sonrió. «Abad Vonig, lo felicito por su nombramiento en el Consejo Superior, y debo añadir que sus años de servicio dedicado a los Apócrifos son dignos de mención».

El abad Vonig presentía que algo andaba mal. Antes de la muerte del cardenal Lean, este le envió una carta. En ella, le decía que el papa Clemente aún desconocía el propósito oculto del Concilio de los Apócrifos, el papel de sus dos monasterios y las responsabilidades que se esperaban del Papa como su cabeza oficial.

Vonig interrogó a Blasi. “Eminencia Masson, puesto que no ha habido Consejo Superior

Tras los nombramientos realizados desde la muerte de Su Eminencia, el Cardenal Lean, ¿cómo llegó Su Santidad a estar informado de los asuntos relacionados con los Apócrifos?

“Su Santidad ha inspeccionado desde entonces los registros de los archivos de los Apócrifos”, replicó Blasi.

“Sin embargo, un incendio destruyó sus registros. ¿Cómo podría Su Santidad inspeccionar registros que fueron quemados previamente?”

“Quizás no todo se quemó; no tengo una respuesta inmediata. Sin embargo, podrías preguntarle a Su Santidad sobre esos detalles cuando lo visites.”

Vonig entrecerró los ojos. —Si le place, Eminencia, ¿puedo ver las órdenes de nombramiento de Su Santidad?

—En efecto, abad. —Blasi sacó una carta de entre sus vestiduras.

El abad rompió el sello de cera de la carta y leyó las órdenes, órdenes firmadas por el Papa Clemente.

Vonig volvió a doblar la carta y examinó ambas mitades del sello de cera. “¿Por qué no lleva impresa la insignia de Su Santidad?”

Blasi defendió el documento: “Como bien saben, la naturaleza del Consejo es secreta. Su Santidad insiste en que solo los cardenales deben gobernar los dos monasterios apócrifos. Debes acudir a Él con cualquier problema que te aflija. Y Él te espera, de inmediato.

Vonig miró a Bourne. Unos ojos verdes le devolvieron la mirada con furia. Vonig le confesó a Blasi, con el pecho hundido: «No puedo ejercer como miembro del Consejo Superior. Soy viejo y estoy cansado; mis días están contados».

“Entonces, abad, debe informar a Su Santidad de su situación. Yo solo le entrego la citación.”

“No puedo servir...”

Blasi interrumpió: «El castillo de Mallow, en Aviñón, le espera. Será su nueva residencia. Tiene hasta mañana para recoger sus pertenencias. El capitán se encargará de que sus efectos personales se guarden correctamente. Y podría concertar una reunión con los monjes residentes para informarles de la buena noticia y presentarme como el nuevo abad».

“Así lo haré, Su Eminencia.”

“Abad, entiendo que no está usted satisfecho con la decisión de Su Santidad.”

Vonig expresó su decepción. «A mi edad, uno suele reflexionar sobre la muerte. Tengo una cripta en las catacumbas, una que, me temo, nunca usaré».

“Los detalles de su muerte pueden ser arreglados, Abad. Primero, debe informar a Su Santidad. Me quedaré en los aposentos de huéspedes mientras usted permanezca como abad. Usted se encargará de ello. ¿Que se cuide a los guardias y a los caballos?

“Lo haré. Quizás podría asignarle un escolta para el...”

Blasi lo interrumpió bruscamente. "Encontraré mi propio camino, abad."

—En efecto, Su Eminencia —dijo Vonig, haciendo una reverencia mientras Blasi se despedía junto con Bourne del estudio. Vonig se volvió hacia la ventana y miró fijamente, con la carta falsificada temblando en su mano débil. Pensó en Iván y en aquel muchacho Lázaro deforme; reflexionó sobre la cripta que había mandado excavar y reservado para sí mismo; y, muy probablemente, intuyó, sus restos mortales jamás regresarían a la amada Abadía a la que había servido durante tanto tiempo.

Vonig se encerró en su oficina. Blasi se familiarizó con los terrenos y las instalaciones. El capitán Bourne recorrió la abadía con tropas, colocando guardias en lo que consideraba posiciones clave. Al anochecer, el capitán transformó la abadía en lo que parecía una fortaleza impenetrable: sin entrada ni salida, y con un soldado vigilando en cada esquina.

A la mañana siguiente, inmediatamente después de los servicios religiosos, el abad Vonig tranquilizó a sus inquietos monjes, informándoles de su reasignación a Aviñón. Al mediodía, subió al carruaje y soldados a caballo lo escoltaron. Blasi se movió con deliberada prisa. El nuevo abad convocó una reunión solo con los frailes mayores de la abadía, únicamente aquellos que conocían la existencia de la Piedra de la Puerta y el verdadero propósito de la abadía como su guardiana. Su motivo para convocar la reunión era sencillo: analizar minuciosamente al cuerpo de frailes del Consejo Inferior, de forma similar a como se realizaba en cualquier investigación eclesiástica. Y como cardenal universitario, Blasi conocía bien el arte de la caza de brujas. Como bien sabía, el método de cualquier inquisición era rígido y sencillo: convocar una asamblea, instaurar una autoridad absoluta, exigir confesiones de delitos y luego dividir a la población mediante testimonios unos contra otros.

En la asamblea convocada de los Frailes Mayores, Blasi instruyó a cada sacerdote a escribir una carta y entregársela antes del anochecer. En ella, esperaba tres cosas. Primero, los sacerdotes debían: Enumerar todas las instalaciones y prácticas de la abadía que podrían mejorarse. Aunque Blasi se mostró bastante indiferente ante las sugerencias de mejora, la lista sirvió para distraer a los monjes de las dos listas siguientes, que eran fundamentales para su estratagema y las causas mismas de la inquisición. La segunda de las expectativas de Blasi era que los sacerdotes ofrecieran testimonios incriminatorios sobre sus compañeros sacerdotes enumerando todo comportamiento presenciado que pudiera haber parecido «inapropiado» para un monje. En tercer y último lugar, Blasi esperaba que escribieran confesiones personales de sus faltas. Les informó a los frailes que todas las confesiones escritas se mantendrían confidenciales.

Indignados, los frailes mayores no pudieron hacer mucho más que obedecer. Sin embargo, el ejercicio de Blasi...

Por duro que pareciera, resultó muy eficaz, pues, al igual que los resultados esperados de una trilladora, separó el trigo de la paja: la buena semilla de la mala. Tras la eliminación de aquellos monjes buenos y honrados, solo quedaron siete sacerdotes de conducta cuestionable. De los siete, Blasi tachó al fraile Odino de la lista; no deseaba tener, a quien consideraba, un «borracho obeso», participando en la inauguración de Gatestone. Blasi también tachó un nombre italiano, ya que deseaba que solo franceses participaran en lo que, según él, era una causa francesa. Así pues, solo quedaron cinco monjes.

Uno por uno y en privado, Blasi convocó a los cinco monjes al estudio del abad. Les repitió la misma historia: que tenía órdenes conjuntas del papa Clemente de la Santa Sede y del rey Felipe de Francia de usar la Piedra de la Puerta como arma contra los ingleses. Para concluir, les preguntó a cada monje si estarían dispuestos a ayudarlo a expulsar a los ingleses de Crécy.

De los cinco monjes de la lista, Clodius y Greville accedieron a ayudar a Blasi con la Piedra de la Puerta; sin embargo, insinuaron claramente la posibilidad de ser reasignados a otras funciones como compensación adecuada, como futuros supervisores de las catacumbas de la abadía. Deseaban los puestos de Ivan y Odino. Blasi accedió a sus reasignaciones solo después de que lo ayudaran con la Piedra de la Puerta. De los tres monjes restantes, Fray Grate no estaba tan dispuesto a prestar su ayuda; sin embargo, con un codazo y una amenaza velada, Blasi lo convenció abruptamente. Los dos frailes restantes se negaron rotundamente a ayudar a Blasi y le advirtieron de las probables y nefastas consecuencias por perturbar la Piedra de la Puerta. Blasi expresó su decepción por su firme negativa y los despidió del estudio, solo para asentir discretamente al Capitán Bourne, que estaba justo afuera de la puerta abierta. En consecuencia, Bourne acompañó a los dos frailes al campo para que descansara. El abad Vonig, con los labios sellados permanentemente con suciedad.

**Para su asombro, Blasi sintió que había logrado lo que parecía imposible.**

Con tan solo tres vidas, logró controlar la Abadía de Gardiens y su custodiada Piedra de Puerta, y se aseguró la ayuda de tres Frailes Mayores, manteniendo sus intenciones en secreto durante todo ese tiempo.

En los días siguientes, Blasi se recluyó en el estudio del abad, estudiando minuciosamente manuscritos de la abadía que habían permanecido celosamente guardados, páginas arrancadas que había extraído de los archivos de los Apócrifos y los planos de la catedral de la abadía. Aunque absorto en su misión mayor de expulsar a los ingleses de Francia, Blasi se aseguró de que los monjes y escuderos residentes continuaran con sus rutinas incluso mientras se adaptaban a la fortaleza cada vez más estricta de Bourne.

como el ambiente.

~\*~

Un monje de rostro curtido permanecía en silenciosa meditación más allá de los establos de la abadía. Sus años como encargado de los establos habían endurecido su aspecto. De no ser por su hábito sacerdotal, podría haber parecido simplemente un campesino. Le quedaba poco de su escaso cabello castaño y la parte superior de su cabeza estaba cubierta de manchas marrones, testimonio de sus muchos veranos calurosos trabajando al aire libre. Fray Festoneau era un fraile mayor y miembro del Consejo Inferior.

Los establos y los caballos estaban bajo su cuidado, al igual que los jóvenes clérigos de la abadía que transportaban el correo regularmente entre la abadía de Gardiens y una oficina de correos en la ciudad de Orleans.

Con manos de herrero apoyadas en las estrechas caderas cubiertas por la túnica, Festoneau observó cómo un sol menguante y enfermizo desaparecía tras una oscura y nítida línea del horizonte. En lo alto, los últimos rayos del día bañaban las altas nubes con coloridos tonos que, en conjunto, parecían centellear como un fuego celestial. En el aire gélido del crepúsculo, el soplo de un corcel rompió el silencio. Festoneau bajó los brazos, resopló y se dirigió con paso ligero hacia la parte delantera de los establos; esperaba la entrega del correo varias horas antes del anochecer.

Al doblar la esquina del edificio, el sacerdote vio una figura vestida con una túnica y una linterna encendida. Se elevó al acercarse a los establos desde la puerta norte de la abadía. Al aproximarse a Festoneau, la silueta gritó: "¿Qué impide el reparto del correo?". Festoneau respondió con otra pregunta: "¿Has visto a mi mensajero?". "En efecto, hace tiempo, en la puerta principal con Fray Grate y el muchacho Miguel. Reuní Ya debería estar en los establos.

Festoneau divisó una sombra cerca de la entrada de la abadía, cuya distancia se acortaba rápidamente al son de cascos al galope.

—Hay soldados por todas partes —se quejó el monje en la penumbra, bajando su linterna. Se detuvo junto a Festoneau y miró al joven clérigo que se acercaba—. Me retuvieron en la puerta durante un buen rato. Te lo digo ahora, Festoneau: hay algo más detrás de todo esto . ¿Qué abadía necesita un ejército para controlar sus buenas intenciones?

Festoneau se puso las manos en las caderas y lanzó una mirada entrecerrada a su escudero que galopaba.

El mensajero detuvo a su corcel. Festoneau sujetó las riendas mientras el joven rapado desmontaba. «¡Ahora debo atender a mi corcel en la oscuridad! ¡Explícate tu tardanza de inmediato!», le reprendió Festoneau.

El escudero hizo una reverencia y confesó: "Perdóname, fraile. Yo cuidaré del corcel, fraile,

Si lo deseas. Dejé la bolsa de correo cerca de la puerta principal. Tuve que buscarla.

—¿Durante medio día? —preguntó Festoneau, llevando al caballo a los establos.

Luego se detuvo y se giró—. ¿Por qué se queja? ¡La has vuelto a montar con fuerza, muchacho!

De nuevo, el mensajero hizo una reverencia. «Perdóname, fraile. Entendí que era mejor llegar antes del anochecer, como cabría esperar de mi regreso. Salí de Orleans tarde, ya que el mensajero de Aviñón también llegó tarde. Sin embargo, di de beber al caballo en la puerta de entrada.» Y en Orleans la alimentaban muy poco.

—Ya veo. Festoneau golpeó las riendas del corcel contra un poste. El otro monje levantó su linterna para iluminar mejor. Festoneau continuó: —En cuanto a tu tardanza, espero que...

Deben presentarse ante mí al amanecer. Es necesario limpiar a fondo los establos.

—Lo haré, fraile.

Festoneau comprobó las riendas con un ligero tirón y palmeó el costado del caballo. Luego aflojó las correas de la bolsa de correo de cuero y se la quitó antes de entregarle la alforja al otro monje. «Aquí tienes tu correo; préstame tu linterna». Intercambiaron sus pertenencias. Festoneau se dio la vuelta y alzó la linterna hacia un gancho en un poste alto.

—¿Necesitas algo más de mí, fraile? —preguntó el mensajero.

—Sí —respondió el sacerdote, esforzándose y afanándose con la linterna.

“¡Lo tengo!” El otro monje se quejó; “¿Qué estás haciendo? ¡Espera!”

Festoneau se giró y vio a un soldado colgándose la bolsa de correo al hombro y saliendo de los establos con la cartera mientras respondía: "Mis órdenes no se refieren a usted, sacerdote; se trata simplemente de correspondencia postal".

Festoneau y su escudero observaron cómo el monje corría desde los establos y gritaba tras él.

Soldado: "¿Órdenes de quién? ¡Devuélvelo! ¡Espera!"

Festoneau llamó al mensajero con un gesto de la mano. Levantó los cascos.

Mientras observaba a su corcel, examinando la salud de cada uno, le susurró a su escudero:

«Escúchame bien. Tengo otra tarea para ti. Espero que te escondas en el establo esta noche, en el desván, arriba. No te muestres a los guardias. Partirás hacia Aviñón antes del amanecer».

“En efecto, fraile.”

«Debes entregar una carta muy importante a Su Santidad que requiere su respuesta inmediata.

Bajo ninguna circunstancia debes permanecer en su oficina hasta que la lea. Haz lo que sea necesario, pero no pierdas de vista tu lugar ante él. ¿Me entiendes?»

—Sí, fraile, cueste lo que cueste y con el debido respeto. —El joven hizo una leve reverencia.

“Y no espero que regreses sin darme una respuesta, ya sea escrita o verbal.”

“Muy bien”, dijo Festoneau. “Volveré por la mañana y espero que estés listo para cabalgar como

el viento. Esta vez montarás el corcel del abad Vonig.

El mensajero sonrió, conociendo la reputación del semental.

—Sube, pues. —El sacerdote hizo un gesto a su escudero para que subiera a las vigas antes de recoger la linterna y regresar a la puerta norte de la abadía.

La noche avanzaba y casi todos los monjes y escuderos del dormitorio de la abadía ya se habían retirado a descansar. Sin embargo, en los aposentos de Festoneau, una lámpara de aceite iluminaba un pintoresco escritorio sobre el que reposaba un pergamino dirigido a Su Santidad. Festoneau firmó, introdujo la pluma en el tintero y secó la tinta con un soplado. Leyó una carta que detallaba los acontecimientos desde la llegada de Blasi a Gardiens. El objetivo de la carta era claro: preguntar al papa Clemente si había nombrado un cardenal de Aviñón como sustituto del abad Vonig. Le confesó a Clemente que temía lo peor: que personas ajenas al Concilio hubieran descubierto la existencia de la reliquia, que la abadía custodiaba. Festoneau dobló cuidadosamente la carta. Calentó un cuchillo sobre la lámpara de aceite y cortó una esquina de un bloque de cera antes de sellar la carta con el trozo derretido. Secó el sello con un soplado.

De repente, la lámpara de aceite parpadeó. La carta en sus manos revoloteó. Un aire frío pareció llenar la habitación. Festoneau dirigió su mirada para confirmar que la ventana estaba cerrada herméticamente. En lo antinatural con frío, tosió y vio el innegable vaho en su aliento. El sacerdote saltó de su escritorio y se giró, buscando en los rincones oscuros de su habitación a... Ella.

Sin embargo, solo encontró una silueta de pie en el rincón más alejado. Se hizo a un lado para permitir que la lámpara de aceite proyectara sus rayos y revelara la forma sombría. Sus huesos se derritieron; el horror lo consumió, como si un río de alquitrán ardiente fluyera sobre él. El Espíritu de la piedra estaba frente a él, completamente desnudo, con ojos negros brillantes, cabello largo y sonriendo a su alma flexible. El sacerdote la conocía como todos los monjes de la abadía la conocían: el demonio inquietante y fornicador de siglos de antigüedad, la Reina Reinante de las Súcubos y La malvada madre fue la fuente de todas las figuras grotescas que adornaban las terrazas de la catedral de la abadía.

“¡No!” Festoneau escondió la carta detrás de su espalda.

“Ahora sí, santo hombre. ¿Acaso no te he complacido?” , entonó Lucifael en un coro de mil mujeres.

“Te lo ruego , despídete de mí.”

—Oh, pero no puedo, buen señor —se burló ella.

«Me he entregado a Dios», balbuceó Festoneau. Al igual que muchos de los monjes de la abadía, incluso Festoneau tenía su propia estatua alada en lo alto de la catedral, colocada allí muchos años atrás.

—¿Así es como lo llamas? ¿Dios? —le preguntó con sarcasmo mientras se acercaba. “Él es tu Señor y Rey. ¡Lárgate, mujer espectro!”

Lucifael se detuvo frente a él y juntó las manos a la espalda mientras preguntaba con bastante inocencia: "¿Qué hay de esta hoja que intentas ocultarme, Festoneau?".

El sacerdote se quedó paralizado, temblando. «En nombre de Dios, abandona su tierra sagrada».

Ella se inclinó sobre él como si sintiera curiosidad por la carta oculta y Festoneau la encontró.

Él mismo se quedó mirando fijamente sus pechos voluptuosos que colgaban a la luz de la lámpara.

—¿Te gustan, mi señor? ¿Te agradan? —preguntó en un susurro seductor sin alzar la vista. Festoneau apartó la mirada—. ¡Lárgate, ramera diabólica, en nombre de todo lo santo y sagrado!

Se levantó y preguntó: "¿Irme? ¿Escribes una carta que me convoca y luego deseas que me vaya?". Una sonrisa pícaro se dibujó en sus labios y la carta estalló en llamas. Retiró las manos bruscamente y el papel cayó al suelo como un cuadrado de ceniza quebradiza.

—¿Acaso eso fue tan aterrador o tan intimidante? —preguntó ella, apoyando los brazos suavemente sobre sus hombros. Él se soltó y corrió hacia la puerta, pero esta no se abrió. Golpeó la puerta con el puño e intentó gritar cuando ella agitó un dedo con las uñas pintadas de negro y su garganta se quedó en silencio. Volvió a golpear la puerta, pero ningún sonido resonó en la habitación.

Han pasado muchas temporadas desde la última vez que probaste mi carne, y la mía. Aún ahora, sé el ardor en tus entrañas; sin embargo, te libraré del dolor de la añoranza. Toma tu lugar en la cama, pero recuerda que no me acostaré debajo de ti. Ella agitó la mano y le devolvió la voz.

—¡No lo haré! —espetó, retrocediendo hacia el rincón entre la puerta y la pared. Cruzó la habitación con pasos ligeros y lo ayudó a salir del rincón, guiándolo hacia la cama mientras lo consolaba en un susurro: «Préstame tu semilla una vez más, hombre santo. Solo entonces te pediré que te vayas».

Festoneau se apartó, apoyando la espalda contra la pared. Lucifael lo acorraló entre el escritorio y la cama. Se inclinó hacia su rostro. “Todavía tienes espíritu, mi ágil hombre santo. ¿Y acaso no soy digna a tus ojos?” Arregló las arrugas de su túnica y lo miró fijamente. lo miró con una sonrisa lasciva de satisfacción.

—No lo haré. Nunca más —le dijo. En el estrecho espacio entre sus rostros, Festoneau tocó su frente y torso en señal de cruz. Lucifael se echó hacia atrás, con sus ojos negros fijos en ella. Agarró al sacerdote por la barbilla. Unos incisivos parecidos a los de un perro se formaron en su boca mientras hablaba. —Mi paciencia se está agotando. Solo pido tu permiso desde

Tienes la voluntad de darlo. No lo confundas con elección; es solo dignidad lo que te ofrezco. tú."

“¿Pero por qué sigues haciéndolos? Todos están muertos, expuestos al sol, convertidos en piedra.”

Ella rió entre dientes. “Miles mueren para que miles puedan vivir. Esa es la naturaleza de la vida y Muerte. ¿Qué sabes tú de algo más que lujuria y culpa?

“¡Vuestros Grotescos están muertos! ¡Todos ellos! ¡No son más que estatuas sin vida en lo alto de la catedral!”

Ella lo miró fijamente a los ojos. «Basta de palabras vanas, santo hombre. ¿Me prestarás tu semilla o no?»

“Seréis juzgados ante—”

Ella lo interrumpió con un movimiento de su uña negra y le robó la voz de nuevo. Él luchó por darse la vuelta, pero no pudo apartarse de ella.

Ella lo miró con el ceño fruncido, entrecerrando una mirada oscura. “Como desees. Nunca necesité tu consentimiento en primer lugar”. Pasó los dedos por su rostro para llegar a lo más profundo de su mente. En un instante, el sacerdote se puso rígido y tembló; sus ojos, muy abiertos y llorosos, solo podían observar cómo su mano temblorosa buscaba la hoja manchada de cera sobre su escritorio. «En verdad, mi querido santo », dijo Lucifael, sumido en el terror, «me entregarás lo que me pertenece. Tómalo ; úsalo. Yo soy tu dios desterrado y errante que ahora te da órdenes». Ella rió como muchas mujeres a la vez y su voz se hizo más grave con cada palabra. «Jamás ha existido un dios demonio perro nómada tan malvado como...»

De repente, su cabeza se retorció con un crujido mientras se transformaba en la cabeza putrefacta de un chacal . Alrededor de su nuevo hocico, secciones faltantes de piel dejaban al descubierto huesos picados. Un olor rancio brotaba de su cabeza y arruinó el aire de la habitación. Luego se aferró a sus hombros, se inclinó hacia su oído y susurró con un suspiro: «—como yo». Festoneau observó cómo su mano levantaba el cuchillo.

Lucifael acarició su pecho, mientras ladeaba la cabeza como un perro curioso al ver que la hoja temblorosa se acercaba al sacerdote.

«Descansa en paz, santo hombre», lo consoló con un hedor asfixiante a aliento animal . «Para que yo pueda librarte del dolor abrasador del hombre».

La mecha de la lámpara extrajo las últimas gotas de aceite del recipiente casi vacío; y su llama rebotaba erráticamente, como consumida en una feroz danza de fuego, en un esfuerzo por arremeter contra la oscuridad implacable y envolvente y mantenerse viva.

Fuera del dormitorio de la abadía y en todo el patio, ningún soldado vio el tenue resplandor pulsante que emanaba de la estrecha ventana de los aposentos del sacerdote . Nadie.

Vio el resplandor menguante y la habitación cada vez más oscura. Ningún monje despertó de su plácido sueño. El tiempo transcurría y la noche se consumía lentamente.

~\*~

Antes del amanecer, un desgarrador coro de lamentos sacudió el dormitorio y un creciente grupo de soldados y monjes soñolientos se precipitó por el pasillo hacia los aposentos de Festoneau . Irrumpieron en su celda y encontraron su habitación en completo desorden, con muebles volcados, efectos personales destrozados y pergaminos hechos jirones que cubrían el suelo y los muebles como nieve caída. No fueron los cientos de trozos de pergamino lo que hizo que los monjes huyeran de la habitación tan apresuradamente como habían entrado. Tampoco fue el desorden de la habitación lo que hizo que los soldados atónitos retrocedieran . Fue que las paredes y el suelo estaban tan salpicados de sangre que el olor del recinto era penetrante, con un hedor a hierro.

Ante ellos, Festoneau, sollozando, estaba sentado en el rincón más alejado de su habitación, junto a su cama volcada. en la cama y sosteniendo un mazo en su regazo cubierto con una túnica que yacía enmarañada con sangre coagulada. Su otra mano sin vida yacía crucificada contra el cabecero de la cama, una hoja sobresaliendo de su palma hinchada. El sacerdote descubrió a la multitud en su puerta y se puso de rodillas a toda prisa, clavando la hoja más profundamente en su palma y en la cama, gritando pasajes bíblicos de Jesús. Crucifixión. El sudor le corría por la frente, y su mirada vidriosa y el blanco de sus ojos recorrían la habitación como la mirada perdida de un perro rabioso. Los soldados se abalanzaron sobre él para detener su brazo que empuñaba el martillo, y antes de que pudieran salvar al sacerdote de sí mismo, le aplastó la cara a uno de ellos. Inmovilizado y jadeando, Festoneau se desplomó y los soldados le liberaron la mano crucificada.

Por desgracia, Festoneau murió ese día; y solo después de su fallecimiento, durante los preparativos para su entierro, varios de sus compañeros monjes descubrieron que había usado la hoja en algo más que sus manos. A ellos les pareció que, en la locura evolucionada del sacerdote , se había castrado a sí mismo; sin embargo, una posterior y minuciosa búsqueda privada de sus aposentos no arrojó nada. Al descubrir esto, Blasi ordenó a los monjes que se enteraron de la automutilación que permanecieran en silencio y fregar la locura de Festoneau del suelo y las paredes antes de sellar el difunto fraile. habitación de dormitorio indefinidamente. Y así, el fraile Festoneau, envuelto en tela, se convirtió en el último residente de una espléndida y bien adornada cripta de catacumba reservada en su día para el difunto abad Vonig; y, afortunadamente para Blasi, la terrible distracción sirvió para mantener la atención de los monjes residentes alejada del propósito más portentoso que aún albergaba.

[Fin del capítulo 5]



Esta obra literaria fue creada exclusivamente en dedicación de

**Edgar Allan Poe (1809-1849)**

— Que su legado perdure en todos nosotros —



~[GothicNovel.Org](https://www.gothicnovel.org)~